



LAS CADENAS DEL LEÓN

MMar Pérez

LAS CADENAS DEL LEÓN



Primera edición: junio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© MMar Pérez

ISBN: 978-84-18663-96-3

ISBN digital: 978-84-18663-97-0

Depósito legal: M-16594-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a Rafa y especialmente a Sara
por su maravillosa portada, a los que no están y les hubiera
gustado leerlo, y a todos los que me animaron a escribirlo.*

ÍNDICE

Capítulo 1 Reflexiones y recuerdos	11
Capítulo 2 La vida me sonríe.....	21
Capítulo 3 Descubriendo el pecado	35
Capítulo 4 Camino de vuelta.....	53
Capítulo 5 El comienzo del triunfo.....	71
Capítulo 6 La muchacha de los ojos bellos	91
Capítulo 7 La fuga.....	127
Capítulo 8 El compromiso	169
Capítulo 9 El encuentro	207
Capítulo 10 La herencia	245
Capítulo 11 El proceso.....	281
Capítulo 12 Traiciones	311
Capítulo 13 Enfrentamientos.....	355
Capítulo 14 Poder y asesinato	387
Capítulo 15 El reencuentro	427
BIBLIOGRAFÍA.....	471

Capítulo 1

Reflexiones y recuerdos

Otro día en este encierro, sin ver la luz del sol, en esta mazmorra insalubre, en esta cueva, que me está quitando la vida, pero... me está devolviendo el alma.

Menuda paradoja, tener que quedar hecho un despojo para saber quién soy en realidad.

Ya van dos años en esta celda, en esta poza purulenta llena de humedades, con goterones que caen encima de mí intensificando el dolor de mis articulaciones, resentidas por la tortura. El tormento al que he sido sometido, con cada una de las cicatrices que ha dejado el potro en mi cuerpo, y son muchas cicatrices, me ha hecho comprender todos los errores cometidos en el pasado.

Cae la primavera de 1590, he tenido tiempo de recordar quién era, sobre todo mis faltas, por eso sé que merezco este encierro, tengo que pagar por todo el mal que he hecho a muchos, aunque también a mí mismo. Lo he interiorizado por siempre.

Pero ya no soy el que era, tanto dolor me ha dado paz, ¡he encontrado la paz!, ¡he encontrado mi alma! Ahora me pregunto si no habré pagado ya suficiente y debo permanecer aquí más y más, o tendré la oportunidad de volver junto a la mujer de mi vida, la persona que creyó en mí llegando a conocerme mejor que yo mismo y con la única que podré de nuevo enfrentarme a la vida.

Así, un día y otro esperando y pensando si tendré la oportunidad que deseo o moriré preso, haciendo felices a mis compañeras las ratas.

Sé que no me quieren muerto, si no, ya lo estaría, los escasos apoyos que todavía tengo son lo que me mantiene vivo, aunque preso. Pero tener de enemigo al rey no es lo mejor que le pueda pasar a un hombre. Ese viejo resentido y envidioso, le conoceré bien, quiere que me pudra en prisión para que me devoren las ratas. Si fue capaz de hacérselo a su hijo, qué no me haría a mí. Pero resistiré, se lo prometí a ella y aguantaré hasta que se presente la oportunidad que espero.

¡Agggg!, viene Ruiz a traerme ese puchero abominable, ese ser inmundo que me odia, que defecaría encima de mí si no fuera porque es un estreñido lleno de almorranas y le cuesta hacerlo.

—¡¡¡Eh, traidor!!! Aquí tenéis vuestro rancho. ¿Qué ha sido de aquel caballero de tres al cuarto ahora que oléis a estiércol?

—Estiércol, pero de caballo, que es el animal que mantiene la nobleza desde que nace hasta el final de sus días. Lo que pretendo decir, pedazo de gañán, es que, aunque ahora me encuentre entre la porquería, siempre seré de noble cuna y casta. Y patanes de peor ralea que la vuestra se han postrado a mis pies y les he pasado por encima.

¡Plassss!, patada en el estómago, siempre lo mismo, como si se tratase de un ritual, el muy patán escucha mi discurso, no entiende nada y luego me pisotea las tripas.

—¡Ahhh! La verdad, Ruiz, que no aprendéis nada nuevo, no tenéis la capacidad de sorprenderme.

¡Zas!, ¡plas...! Volvió a embestirme como una bestia.

—¡Vale! Me rindo por hoy, ya estoy sangrando. Ganáis, como siempre, es lo que queráis oír, ¿verdad? —y ciertamente debía quererlo porque todavía se creció más, increpándome.

—¡Sois una escoria!, ¡un traidor a Castilla y al rey!

—Sí, lo soy, ya lo confesé en su momento —le contesté percibiendo su cara de confusión ante mis afirmaciones—. ¿Y qué? He conocido a tantos que sin ellos el mundo se quedaría vacío. Pero tranquilo, con paladines como vos el Imperio estará bien protegido y no sucumbirá ante la ponzoña que lo habita y amenaza con destruirlo.

Como el muy necio no entendía el sarcasmo de mis palabras, se quedó mirándome con cara de carnero, me escuchó y se marchó.

Por hoy era suficiente y no quise provocarle más. Pero parecía mentira que un ser tan despreciable, sin darse cuenta, ayudara a mantener viva mi mente, pues físicamente mi cuerpo machacado ya no tenía remedio y daba igual que se le apalease, no volvería a ser ni la sombra de lo que fue.

Siempre se ha dicho que es mala la soledad y yo lo sabía bien, como también sabía que no habría podido soportarla sin las visitas del patán de Ruiz. Por lo menos, al verle ejercitaba la lengua —mi mejor arma en otro tiempo—, avivando así la mente.

También aprendía a soportar los golpes y patadas que me propinaba, por lo que este animal de bellota que me detestaba, sin saberlo, con su entrenamiento me ayudaba a resistir la prisión.

¡Ay!!, aquella vieja herida del costado, esa costilla que no terminaba de cicatrizar produciéndome gran dolor. Debía guardar silencio y no provocarle, pues sus patadas no cesaban y volvían a quebrarme. Pero no podía resistirme, mi yo del pasado era difícil que desapareciera del todo y me costaba no ser socarrón con alguien como él.

Sangraba y a las ratas no se les escapa nada, me la tenían jurada por matar a parte de su familia. Y no deberían tenerme rencor, después de todo mantenía el equilibrio de la población; si no, se hubieran devorado entre ellas después de devorarme a mí. Pensaba: «Soy el rey de las ratas y como reflejo mío que son, no quieren a su rey». Así es como acabaré, de rey de ratas esperando que me despedacen...

Luego, dejaba de elucubrar y volvía en mí:

¡Qué me digo! No, eso no puede ser lo que me espera, tengo fe en mí, la necesito por ti, amor mío; la esperanza de reencontrarme contigo me hace tener fe, la que no ha conseguido darme la religión.

No puedo dormir, no paro de pensar, mi cabeza no cesa de darle vueltas. Me tienen que desplazar no a mucho tardar y tengo que preparar mi fuga para ese momento.

En unos días vendrá el confesor y espero que traiga noticias y le lleve mi misiva a esa noble dama a la que tanto apoyo espiritual da por unos jugosos diezmos. Fray Gerónimo Márquez se llama, menudo siervo de Dios, no conoce el voto de pobreza ni el del ayuno. Me fío de él lo mismo que de una serpiente, pero no tengo alternativa: es mi única vía de comunicación con doña Ana. ¡Malvada mujer!, pensar en ella me produce tanto dolor, y que mi vida esté en sus manos es una pesada broma del destino. Juré no volver a pensar en ella, pero me temo que nunca desaparecerá de mis pensamientos.

Necesito animarme o estoy perdido; pensando fríamente, aunque sean detestables, están hechos el uno para el otro y si de ellos depende mi fuga, cuanta mayor compenetración tengan mejor para mí.

¡Qué mujer! Cierto que me sorprende su apoyo, pero sabe que me lo debe y tampoco es que por ello se haya visto expuesta a grandes peligros. Querrá hacer méritos con el Creador para cuando sea acogida en su seno.

Con tanta fortuna como tiene, conseguida gracias a mí más que por su abolengo, el desprenderse de unos cuantos escudos para sobornos a ella nada le supone. Y yo necesito llegar a Aragón, que de seguro me protegerán. No va a haber nada, ni esta quebrantada salud, que me frene en mi empeño.

Recuerdo, como si fuera ayer, la primera vez que vi a doña Ana de Armendia. Con tan solo siete años quedé fascinado por su presencia, la leve cojera que mostraba al andar pasaba desapercibida ante su regio porte sin restarle ni un ápice de distinción.

Arrastraba desde su nacimiento el defecto de una pierna izquierda disminuida y lo disimulaba con un calzado adaptado para tal fin. Eso no la sumió en el abatimiento; lejos de apartarse del mundo, se convirtió en una mujer fuerte y decidida, digna de respeto y admiración.

Mi padre me la presentó como «excelentísima señora duquesa de Arcos», su esposo era grande de España, la máxima dignidad

otorgada por el rey, por lo que fui aleccionado en protocolo para dirigirme como convenía a alguien de su rango.

El día que apareció en nuestras vidas vino a visitarnos a la residencia de Toledo, buscaba que a su esposo, que se encontraba en ultramar, le fueran concedidas unas licencias de explotación en las colonias. Ella, en su ausencia, se encargaba de gestionar esas peticiones y recurría a mi padre para que mediara con el Consejo de Indias.

La noble dama no tenía hijos y, según me dijeron, desde el primer momento se encaprichó de mí. A partir de entonces tanto ella como sus sirvientes se convirtieron en habituales en mi vida.

Empecé a pasar largas temporadas en el señorío que poseía en Marchena, allí se me instruía en todo lo que debía saber un noble caballero, contribuyendo generosamente a que tuviera una esmerada educación.

Pasaron los años y me mandó llamar, algo importante debía decirme:

—Excelentísima señora —me incliné—. Necesitáis...

—Dejad, dejad —me interrumpió—. Querido Diego, no estamos en la corte y ya hace tiempo que nos conocemos, desde hoy podéis saltaros el protocolo, siempre que estemos a solas llamadme doña Ana. Deseaba hablaros de algo importante.

—Señora..., doña Ana, estoy para lo que dispongáis.

—Ya lo sé —sonrió con aire de superioridad y me miró fijamente para que entendiera que no la debía interrumpir—. Conocéis sobradamente el linaje de la Casa de Arcos, pero ¿de qué sirve tanta nobleza cuando Dios no ha querido premiarme concediéndome hijos? Sabéis que mi esposo tiene dos hijas de su primera esposa, dos hijas odiosas que me detestan y se alegran de mi desgracia. A las que, por mucho que lo he intentado, no he conseguido amar...

Siguió hablándome del desapego hacia su familia y del vacío tan grande que tenía en su interior. Yo lamentaba enormemente que se sintiera así, pues por primera vez bajo ese halo de fortaleza veía la sensibilidad de una mujer. Pero no podía imaginar las palabras que a continuación iba a pronunciar.

—Quería deciros, Diego, que ese vacío en mi interior lo habéis llenado vos. Os he cogido tanto cariño que sois el hijo que toda madre desearía tener y me gustaría que estuvierais bajo mi protección, la de la Casa de Arcos. No os podré dar mi linaje, pero os juro que os convertiré en un gran hombre.

Concretó su propuesta diciéndome que sus intenciones no eran apartarme de mi padre, pues era un buen hombre y yo debía ser fiel a mi estirpe, pero sí le gustaría educarme a su manera.

Me quedé sin palabras, sobre todo cuando llegó mi padre y comprobé que ya estaba todo acordado. Qué decir entonces, no me quedaba más que asentir.

Nos despedimos de doña Ana, agradeciéndole su generosidad y abandonamos el Palacio Ducal de Marchena.

Así fue cuando con doce años me comunicaron que sería el protegido de la gran duquesa de Arcos. Mi padre consentía, él mismo fue a buscarme en carruaje a Marchena para, de regreso a Toledo, explicarme que era lo mejor para todos.

Su puesto de secretario de Estado le proporcionaba poder, pero él pertenecía a la baja nobleza y tener el apoyo de la Casa de Arcos era un favor y un privilegio que no debíamos desaprovechar. Me prometió que nunca le apartarían de mí, siempre tendría su cariño de padre, de no ser así él nunca lo hubiera aceptado.

Yo estaba confuso, sentía agradecimiento por todo lo que había hecho por mí esta gran señora y lo que pretendía hacer, pero no entendía muy bien la situación, sería como un hijo para ella, pero sin serlo. Simplemente me resultaba extraño, pero la confianza que me transmitieron sus palabras al decirme: «sois el hijo que toda madre querría tener» y la firmeza que mostró mi padre al explicarme la situación me reconfortaron de tal manera que decidí no oponerme a lo que habían acordado y que fueran ambos los que decidieran mi futuro. Por mi parte intentaría estar a la altura de sus expectativas.

Quién me iba a decir que había caído en una tela de araña, ¡qué iluso! Me convertí en una marioneta manejada a su antojo.

¡Miserables!, no me dieron opción. Sí, tú también padre mío, que moriste sin decirme la verdad. Aunque a ti ya te perdoné, pues sé que también caíste en la red y nada pudiste hacer para escapar. Al instante me arrepentí de los malos pensamientos hacia mi padre, que eran fruto de la desesperación por encontrarme en el peor de los encierros.

Llegó el tan esperado día, oía cerrojos y puertas que se abrían y cerraban, pensaba que ese cura del demonio, fray Gerónimo, estaba al caer. Ansioso por verle, tenía que estar lo más presentable posible. Lo que él presenciase lo trasladaría a mi benefactora y por nada de este mundo quería que se volviera atrás. Incluso en estos días «había sido bueno» para que el carcelero no volcara su furia en mí, dejándome marcado como a una res.

¡Ah! Ya está aquí.

—Fray Gerónimo Márquez viene a daros consuelo espiritual. Ya le he dicho que un alma pecadora como la vuestra no tiene remedio.

Y pensé lo atento y alentador que era siempre «mi querido Ruiz».

—¡Adelante! Me educaron en la fe católica, en la que toda alma tiene salvación si se arrepiente de sus pecados y eso intento, carcelero, todavía no ha llegado el juicio final... —tuve que morderme la lengua, no me convenía hablar de más, ¡pero me suponía tanto esfuerzo con ese tipejo!

Fray Gerónimo tomó la palabra y dijo que estaba ayudando a mi pobre alma a que encontrase la paz que en soledad no conseguía. Si era cuestión de tiempo, él me dedicaría el que hiciera falta. Reconozco que estuvo muy acertado en su explicación, así dejó abiertas las visitas a todas las que fueran necesarias. Siempre admiré cómo miente la Iglesia, nadie sabe hacerlo mejor.

Ruiz se fue aburrido de tanto remilgo.

—Ya estamos solos. Bienvenido, padre —le besé la mano—. Mi ánimo es el mejor en este momento y dadas las circunstancias. Espero ansioso noticias de lo que nos acontece. El traslado ¿se sabe cuándo será?

—Bien hallado, hijo mío, y ¡bajad la voz! Debéis hablar en voz baja y en clave, nunca se sabe si las paredes oyen. No sois un preso cualquiera.

—Perdón, padre, no me daba cuenta y no debo subestimar al patán de mi carcelero. ¿Qué me tiene que decir, entonces?

—Sí, habrá movimiento en poco tiempo, dos semanas lo más. La señora cuenta con muy buena fuente de información, no os preocupéis, la orden ya ha sido firmada por el rey. Pero tienen que disponer todavía de vuestra escolta.

—No me digáis que me llevarán en una carroza real.

—Por favor, don Diego, no es momento para mofas. Por supuesto que no, más bien será en una jaula dentro de una carreta donde se os traslade. Pero según lo planeado, se intentará que no lleguéis a subir a ella.

—Me estáis diciendo —susurré todo lo que pude— que habrá guardias y escoltas que estarán de nuestro lado.

—Así será. Antes del día en cuestión vendré para confirmároslo todo. ¿Deseáis que le diga algo a la señora?

—No, le he escrito una carta. La tinta es mi sangre, espero no emponzoñar tanto boato.

—Don Diego, ese rencor...

Le interrumpí:

—Sí, ya lo sé, padre. Pero esto es personal entre ella y yo, ni siquiera Dios puede entrometerse.

—Como queráis, señor mío. Os doy mi palabra de que se la entregaré en mano. Tened paciencia y mantened la fe.

Golpeó con fuerza la puerta de la celda para que viniera el carcelero a abrir y se marchó.

Me quedé solo en la oscura cámara, deseando que las semanas pasaran volando y poder verme libre.

Me preguntaba cuál sería la reacción de ella al leer mi carta, a lo mejor no le gustaban mis palabras y renunciaba a ayudarme. Sabía que no, a su manera tenía un código de honor inquebrantable, me había dado su palabra y la cumpliría.

Quería que mi sangre legitimara mis palabras, puede que para ella resultara de mal gusto, pero era importante para mí.

Señora mía, doña Ana:

Con estas letras quería deciros que sin duda es la mejor ayuda que me habéis ofrecido nunca.

Estoy seguro de que todo estará bien calculado con frialdad y con dinero de por medio, que todo lo puede, sin sentimientos a flor de piel que derrumben el plan a las primeras de cambio.

Os lo agradezco, pero bien sabemos que me lo debíais, no solo esto, sino mucho más.

Lamento si os ofenden mis palabras, pero es lo que siento. Espero un día poder perdonar vuestro egoísmo y deciros de corazón: «Madre, ya no hay rencores». Hasta que llegue ese momento tenéis mis respetos y mi más sincero agradecimiento.

Vuestro hijo, Diego

Antes de llegar a la villa de Madrid el carruaje de fray Gerónimo se paró en el camino, bajó de él con dificultad por su enorme panza y se adentró en el campo boscoso acompañado de su paje. Vio a dos honorables damas y a un caballero que las escoltaba. La más altiva se separó y se dirigió hacia él, le costaba andar en ese terreno, pero no cesó hasta que se encontraron. Fray Gerónimo hizo un gesto con la mano para que su paje los dejara a solas.

—Excelentísima señora duquesa, me inclino ante vos.

—Reverendísimo.

—¿Os habéis fatigado al venir hasta este recóndito lugar? Podíamos habernos visto en vuestro palacio, al fin y al cabo, soy vuestro confesor.

—Me he fatigado menos que vos, que lleváis atravesando caminos desde que dejasteis Segovia. Como os dije, en estos momentos no considero oportuno que nos vean juntos y el encontrarnos aquí

es lo más conveniente para ambos. ¿Es tan tenebrosa como dicen la Fortaleza de Turégano?

—Es peor que lo imaginable, señora. Se encuentra en un calabozo totalmente aislado, sin apenas luz. Su carcelero me dijo que le bajaron allí con cadenas y tardó mucho en quitársele la furia. Yo le encontré muy flaco y desmejorado, pero ha meditado y eso le ha mantenido la mente lúcida. Está preparado para cuando sea concertado todo. Aunque quebrantado, tiene mucho ánimo y podrá montar a caballo. Me ha dado esta carta para vos.

—Gracias, fray Gerónimo —al leerla se le agria el rostro—. ¿Lo ve, padre? El mundo está lleno de desagradecidos, y tiene la desfachatez de decir que lamenta si me ha ofendido. No lo lamenta, su corazón está lleno de rencor hacia mí. Conozco muy bien esa sensación. Y veo que está escrita con...

La interrumpe fray Gerónimo.

—¡Su sangre!

—Su sangre, qué detalle tan poético. Haciendo honor a la frialdad que dice don Diego, todo sigue según lo planeado, pues no es momento de darse la vuelta. Padre, tendréis noticias mías —solo ella, mejor que nadie, sabía bien cómo retener los sentimientos para que no aflorasen al exterior, no iba a dejar que pensarán que era débil—. ¡Se me olvidaba! Os doy la enhorabuena, por fin tendréis el ansiado arzobispado de Sevilla.

La cara de fray Gerónimo lo decía todo: «El riesgo ha merecido la pena, he recogido el mejor de los frutos».

Se despidieron con la delicadeza propia de su alcurnia y caminaron en sentidos opuestos hasta reencontrarse con sus respectivos acompañantes.

La suerte estaba echada, el plan seguirá su curso y solo el tiempo diría si todo saldría bien.

Capítulo 2

La vida me sonríe

Me llamo Diego García del Hierro y Quiroga. Mi historia comienza el año de 1540, cuando nací en lo que era mucho más que un reino, era un imperio.

Mientras que en América brillaba el sol, en España lucía la luna. Era difícil para un rey, dueño de tan extenso territorio, no enfermar de orgullo, intolerancia y oscuridad, fiebres que padeció el monarca al que tanto tiempo serví: su majestad Felipe II.

Mi infancia la pasé en una pequeña villa de Guadalajara, Valdeconcha, allí me crie feliz pese a apenas disfrutar de la compañía de mis padres.

Mi madre, doña Juana Quiroga, noble dama, falleció a los dos años de yo nacer y era natural de esta villa. Mujer frágil, de salud delicada que reflejaba en su aspecto enfermizo, siempre pálida, sin brillo en sus claros cabellos que parecían de anciana, no pudo superar unas fiebres, ahogándose en sus propias flemas con apenas veinticinco años.

Decían que su falta de ilusión por la vida cambió cuando yo nací, amándome profundamente y haciendo que sus últimos años fueran los más felices.

Mi padre no hablaba mucho de ella, sí me dijo que su corazón era noble y bueno, pero que tenía la mirada más triste que había visto jamás. Cuando yo llegué al mundo intentó vencer esa tristeza, pero la vida le fue arrebatada demasiado pronto.

Siempre pensé que mi padre no llegó a amarla, aunque la respetaba y admiraba muchas de sus cualidades, como su sencillez y disposición para ayudar a los demás, sobre todo a los desfavorecidos.

No me parecía a ella, aunque siempre me dijeron que recuperó la alegría de vivir gracias a mí y al irse de este mundo me lo dejó como legado. Y es cierto, durante mi juventud siempre pensé: «La vida me sonríe».

Mi padre, don Gonzalo García del Hierro, venía de una buena familia aragonesa con posición desahogada, pero perteneciente a la baja nobleza, por lo que era de esperar que no se le abrierán muchas puertas en la corte, pero un hombre tan inteligente como él estaba predestinado a llegar lejos. No pasando desapercibido a ojos del emperador Carlos V, fue nombrado secretario del Consejo de Estado. Desde ese momento se esforzó en mantener la estabilidad del Imperio llegando a ostentar lo que tantos deseaban, la confianza real.

Tantas ocupaciones y responsabilidades le mantuvieron apartado de mí durante mi infancia, aunque debo reconocer que en lo importante siempre estuvo a mi lado para darme su apoyo.

Siendo las labores de gobierno su prioridad, un hombre tan culto supo dedicar el tiempo que le restaba a traducir grandes obras clásicas y a enriquecer más y más su intelecto.

De él heredé el talento para el estudio, por lo que mi formación desde niño estuvo orientada a ocupar la Secretaría Real y se me concienció para tal responsabilidad, aunque en mi tiempo libre mis inquietudes no iban encaminadas al humanismo. A diferencia de mi padre, yo quería vivir intensamente el ambiente cortesano; mi carácter apasionado me pedía disfrutar de los placeres de la vida, ir a banquetes y cacerías...

Físicamente yo era mejor parecido, pelo moreno y ojos oscuros como él, pero ya se veía que le iba a superar en altura y fuerza, por mis anchas espaldas, como las de mi abuelo.

Con el tiempo, mi porte y esmerada educación fueron atractivos a los que no se resistían las damas de la corte que me abrían

sus lechos y sus corazones, contándome secretos muy útiles que me permitieron ir afianzando mi posición. Las más inteligentes me decían que «la belleza en un hombre no era buena, pues les trastornaba la mente». El tiempo les dio la razón; sin ser consciente de ello, mi mente estaba ida, creyéndome capaz de embaucar a cualquiera para que mis fines se cumplieran. Pequé de orgullo al considerarme más de lo que era y eso me llevó a comportarme como un estúpido, renunciando a la felicidad.

A mi ama, Florinda, a la que nunca olvidaré, la que me crio y dio cariño más que nadie, le encantaba mi carácter alegre y sociable, pero también vio un lado oscuro en mí. Decía que mis grandes y profundos ojos negros eran los más atrayentes que jamás había visto y que su poder residía en la mirada. Según ella, el poseedor de una mirada así era capaz de arrebatarle la voluntad a cualquiera, pero ese don —como lo llamaba— debía aprovecharlo para bien.

Tonto de mí, en eso último no le hice caso.

Creí en sus palabras y durante mucho tiempo sentí ese poder, viéndome capaz de conseguir cualquier cosa, doblegando a quien se interpusiera en mi camino.

La quería muchísimo, tenía la sabiduría de la vida, narraba unas historias maravillosas que enriquecieron y alegraron enormemente mi infancia.

A mi padre no le hacía ninguna gracia que me llenara la cabeza con cuentos de brujas, como él los llamaba. En verdad era un poco bruja, bruja buena, y esos sencillos relatos suyos los recordé a lo largo de toda mi vida, reconociendo lo bien que me quería esa mujer y que lo único que deseaba era enseñarme a acertar en mis decisiones. Pero era una lección muy difícil para que yo la aprendiera, solo sería capaz de hacerlo a la fuerza y con el paso del tiempo...

Me contaba:

—Había un árbol en un bosque, un árbol precioso pero pequeño, que aspiraba a ser grande como los otros.

»Un día un rey que necesitaba madera para hacer barcos, mandó talar el bosque, serraron los árboles grandes y el pequeño se

salvó. Este arbolito, en lugar de alegrarse por su buena fortuna, se entristeció, pues deseaba ser tan importante como los otros y pertenecer a la flota real.

»Venían los pájaros a sus ramas, trinando melodía celestial, pero lejos de gustarle, quería irse de allí y volar como ellos.

»Pasaron los años y creció sin haber disfrutado de las maravillosas puestas de sol, de la brisa que acariciaba sus ramas, de la luz de la luna, y seguía deseando irse de allí.

»Un buen día llegó un leñador y lo taló. Por un momento, el árbol creyó ser feliz. «Seré un elegante aparador de un palacio, decoraré el altar de una catedral, seré un bello carruaje», se decía. El leñador lo guardó en su cobertizo y como tenía leña de sobra se olvidó de él.

»A nuestro árbol, sin ver la luz del sol, sin respirar aire puro, se le fueron cayendo las hojas, se fue secando y consumiendo allí dentro.

»Pero reflexionó y se dio cuenta de cómo había desperdiciado la vida, buscando algo que no era para él y sin disfrutar de lo que tenía a su alrededor. Rezaba y rezaba para que lo sacaran de allí.

»Llegó ese día y empezaron a trocearlo, el tronco, las ramas, quedó convertido en leña y el fuego le esperaba. Cuando se estaba quemando, ya convertido en humo se elevó hacia el cielo, podía volar como los pájaros y esa sensación le agradó.

»La brisa lo desplazaba y veía la belleza de los campos, y esa transformación suya le complació.

»Subía y subía acercándose, como Ícaro, más y más al sol y eso le llenó de satisfacción.

»Y lo mejor de todo, ¡encontró la paz!

»Y ahora yo os pregunto, niño mío, ¿no esperaréis a quemaros como el árbol?

Mi ama me conocía mejor que yo mismo, sabía bien el camino que me esperaba. Pero aunque intentara advertirme, no sirvió de nada; mi destino ya estaba marcado.

Los años transcurrieron en la villa de Guadalajara con tranquilidad y alegría. Tenía un mentor elegido por mi padre que me

instruía, enriqueciendo mi saber. Siempre fui curioso y el aprender cosas nuevas despertaba en mí el interés por el estudio. Esto satisfacía enormemente a mi progenitor, que tenía expectativas muy elevadas para mi porvenir.

El tiempo que no dedicaba al estudio me juntaba con los hijos de los sirvientes y de los braceros del campo para hacer las mayores trastadas posibles, disfrutando a lo grande. Sí, era travieso, y ahora recuerdo con añoranza lo mucho que me entretenía hasta que llegó el momento en que tuve que abandonar la villa.

¡Mi querida Florinda me arreaba cada azote para que controlara toda esa energía que me desbordaba! Pero luego se compadecía, me abrazaba apretándome entre sus rollizas carnes y me mimaba dándome a comer sus deliciosas torrijas. Nunca probé otras mejores.

Para completar mi educación me ausentaba de la villa y pasaba temporadas como invitado de los duques de Arcos en su Palacio de Marchena. Allí no solo cultivaba la mente, también ejercitaba el cuerpo, lo que moldeó mi aspecto, dejándolo de muy buen ver.

Montaba a caballo aleccionado por un maestro en las prácticas hípicas, llegado de donde se decía que estaban los mejores, la ciudad italiana de Ferrara. También aprendí con cierta destreza el manejo de las armas, sobre todo armas blancas, espada y daga, aunque también se me instruyó en las de fuego. Decidí que la más apropiada para mí era el estoque —espada ligera, de hoja recta y larga—, muy manejable para alguien como yo, que no iba a dedicarse a la carrera militar.

La duquesa me regaló uno precioso de parte del gran duque, extraordinaria arma con la cruz de la empuñadura en forma de cesta para proteger la mano, con labrados y pedrería dignos del mejor «maestro de espadas». Dudo que su esposo pensara en mí para regalármelo, pero con la enorme armería suya no lo echaría en falta y a mí, con mi corta edad, me ilusionó sobremanera. Todo allí era esmerado y exquisito, digno de un grande de España y cómo me fascinaba verme rodeado de tanto lujo.

El palacio estaba ubicado en el punto más alto de Marchena, dentro del alcázar. A él se podía acceder desde la villa atravesando un arco sobre el que se encontraba el escudo de la Casa, mostrando su poderío. Desde ahí comenzaba la calle del Palacio Ducal —que tantas veces recorrí a caballo— y que conducía a la plaza de arriba.

Para acceder al palacio había que atravesar una portada gótica, digna de la más alta nobleza, que iba a dar a un gran patio de entrada con galerías, donde destacaban arcos de medio punto sobre columnas de mármol, dando solidez y belleza a todo el conjunto.

La importancia del palacio quedaba reflejada en su majestuosidad, con un maravilloso patio de armas, bellos jardines que lo rodeaban, amplias caballerizas y el patio de carruajes con apeadero, que mostraban no solo el lujo, también la comodidad que requería la alcurnia de esta noble casa.

Pero eso no era nada comparado con la riqueza de la decoración interior, tanto en el mobiliario como por los maravillosos tapices y lienzos que colgaban de sus paredes, constituyendo un patrimonio artístico digno de reyes.

El palacio representaba el corazón del señorío, pero su esencia quedaba reflejada en las gentes de la villa. Mostraban fidelidad plena a su señor, que ostentaba el poder político y judicial, aunque en realidad fuera impartido por el alcalde y corregidores que él nombraba.

Esas gentes de naturaleza alegre y sociable aceptaban la forma de vida de servidumbre con complacencia, pues agradecían la seguridad y el cobijo del que disponían en la villa y que el duque les proporcionaba, sorprendiendo la buena relación entre señores y campesinos pese a la distancia social que los separaba, o lo que es lo mismo, la diferencia habida entre la nobleza de unos y la ingenuidad de los otros al asumir su dependencia.

Todo eso no se percibía en la villa donde yo nací, siendo igualmente un señorío independiente, pero quizá al pertenecer al obispo de Oviedo y no ser oriundo del lugar, existía cierto recelo hacia

su persona, repercutiendo de alguna manera en que Valdeconcha no llegara a alcanzar la prosperidad de la que gozaba la villa de Marchena.

De las veces que me alojé en el Palacio de Marchena, solo coincidí una de ellas con el duque de Arcos. Hombre ya mayor, con poco pelo y cano, el rostro marcado por la viruela y hecho una red de arrugas, no sé con certeza cuántos años le llevaba a la duquesa, pero por lo menos debían ser veinte.

Tranquilo y afable, su vida se la pasaba viajando, defendiendo en Italia y ultramar los intereses de la Corona y los suyos propios, por lo que cuando volvía a su querida Marchena deseaba relajarse.

Estaban también sus dos hijas, doña Elvira y doña Isabel, poco más mayores que yo y no muy agraciadas, la verdad. La primera, muy gorda, me recordaba a mi ama de cría, solo que Florinda irradiaba dulzura y doña Elvira, gula. Todo el día comiendo mantecados y polvorones sevillanos que se le salían de la boca antes de llegar a tragarlos. No era muy espabilada y al haberse criado sin madre no había aprendido las buenas maneras que requería una dama de su nobleza.

Doña Isabel, muy delgada, con lo ojos más pequeños nunca vistos, apenas dos diminutos puntos que no dejaban apreciar ni la forma ni el color. Y de sus cabellos, qué decir, si nada le cubrían. Apenas un mísero y ridículo moño le decoraba la cabeza. Parecía más avispada que su hermana, pero poco.

Carecían de belleza, sin buenos modales, no eran listas. ¡Qué pena, tanto linaje desaprovechado! De no ser por su abolengo no creo que conocieran varón.

Su madrastra no les prestaba la más mínima atención, ni siquiera se avergonzaba de ellas; mucho peor, las ignoraba por completo. Aunque era difícil saber lo que la gran duquesa pensaba, estaba claro que las quería fuera de su vida.

Residían en el norte con una tía carnal por parte de madre, la condesa de Salvatierra, mujer muy mayor sin fuerzas para enderezar a «esos troncos tan torcidos». Ni siquiera fue a Marchena, se

había quedado en sus tierras vascas disfrutando de aquella paz, ahora que sus ahijadas no estaban.

No tuve mucho trato con ellas, al tener cometidos diferentes no solíamos coincidir. Pero recuerdo que siempre iban juntas debido a la poca diferencia de edad, apenas once meses, y cuando las veía eran muy atentas conmigo.

Un día nos encontramos por los jardines de la finca, llevaba mi pelota de cuero, que parecía una bola de cañón y ante ellas empecé una demostración de todo lo aprendido.

Mi maestro de espadas, de origen florentino, decía que allí en su tierra los soldados jugaban al «calcio» para desarrollar los músculos de los brazos y de las piernas. Me enseñó unos cuantos ejercicios para coger agilidad con la espada y empecé a realizarlos con «mi bola de cañón» con gran soltura.

Puse todo mi empeño en la exhibición para satisfacer a las damas y al público que fue acudiendo, rodeándome como si estuviéramos en una corrala. ¡¡Sorprendente éxito!! Mis más fervientes admiradoras, doña Elvira y doña Isabel. Los sirvientes aplaudían, ¡me aclamaban!, hasta el duque me felicitó, pero la duquesa se acercó, me tocó el hombro, dedicándome esa media sonrisa que hundía la moral de cualquiera —como reprimenda al considerar que me dejaba llevar por impulsos impropios de mi clase—, y ahí acabó todo, mi ilusión y la de los espectadores se esfumaron al instante.

No me gustó su actitud, ese halo de frialdad daba «miedo», en el sentido de desconfianza, pero yo era joven y rápidamente dejé de pensar en ello. Al fin y al cabo, le estaba agradecido por su generosidad, aunque también imaginaba que más que por mí lo hacía para mantener unas buenas relaciones con mi padre, que le podían resultar muy útiles debido a la influyente posición de este en el Gobierno.

Me dirigía a las caballerizas para que me ensillaran a Tizón, un maravilloso caballo árabe, negro azabache y con mucho carácter; en eso que oí una discusión que me sorprendió.

Las voces venían del salón donde el duque despachaba los asuntos de su señorío...

—¡Señora mía, no admito ni una exigencia más! He tenido que abandonar mi tierra, mi casa, hasta a mis hijas. Parece que el mundo no es lo suficientemente grande para vivir los dos.

—¡Dios mío, cuánto drama! ¡Qué exageración! No exijo más de lo que yo he dado a la Casa de Arcos. ¿Qué esperabais vos?, ¿que después de tanto esfuerzo permita que el patrimonio de la Casa se esfume como si de humo se tratase? ¿Sois consciente del linaje que dejáis?, ¿creéis que esas son las mejores manos? ¡Dan lástima!

—¡Por Dios! ¡Son mis hijas! ¡Se lo debo! No les he dado cariño ni educación, tienen todo el derecho a...

Le interrumpe la duquesa:

—Vivir bien y cómodamente como siempre han hecho, sin problemas ni responsabilidades. Señor, vuestra cuñada, ¿creéis que con la generosa renta que vos le pasáis ha favorecido en algo a vuestras queridas hijas? ¡No! Y es porque nada se puede hacer donde nada hay.

—¡Qué decís, señora! ¡Cómo os atrevéis! —se oyó un tremendo portazo y luego silencio.

Me quedé estupefacto. Era un secreto a voces que los duques, más que un matrimonio, tenían una unión basada en intereses mercantiles. Pero no pensaba que tuvieran tantas desavenencias por doña Elvira y doña Isabel, que llegado el momento cumplirían con su cometido, como damas de noble cuna que eran.

Creía que el patrimonio de un grande de España daba para mucho, pues veía el exquisito trato allí recibido, sin escatimar. Cómo no iba a conseguirles esposo adecuado a sus hijas. A no ser que la duquesa también a eso se opusiera, que su ambición no conociera límites y aspirase a que todo fuera para ella.

Mujer orgullosa, eso saltaba a la vista, pero... con tanta ambición como para exigir a un padre que desherede a sus hijas, costaba creerlo. Y si ese fuera el caso, ¿cuáles serían sus razones?

Desde que la conocí, siempre fue atenta y generosa conmigo.

Como buena anfitriona, se preocupaba para que todo estuviera perfecto y a mi gusto:

—Querido Diego, mientras os alojéis en nuestra finca, deseo de corazón que sea vuestra casa. Lo que deseáis, decídmelo, sin demora lo tendréis. Lo que no os agrade se cambiará como digáis. Pero no olvidéis que vuestro padre nos ha confiado vuestra instrucción y por nada del mundo le decepcionaremos. Y creedme cuando os digo que valéis mucho, tenéis unas capacidades extraordinarias que deseo favorecer, me encanta ser vuestra mecenas, esa es toda mi satisfacción.

Me sentía halagado por sus palabras, pero también temía poder decepcionarla y que cambiase su manera de verme, pues sabía cómo trataba a los que detestaba, fueran quienes fueran.

Había visto cómo despreciaba a las hijas del duque ante él, sin importarle la ofensa, que por respeto a su esposo bien podía haberse esforzado en reprimir. Aunque conociendo la perfección de ella y lo desastrosas que eran las otras, podía entenderse el porqué de sus sentimientos. Y es que cuando estos se liberan ya nada se puede hacer para detenerlos.

Seguía pensando en los duques cuando llegó a mis oídos un gímoteo parecido al de un perrillo abandonado. Me dirigí hacia el lugar de donde venían los lloros y ahí estaba doña Isabel hecha un mar de lágrimas. El ver llorar a una mujer despertó mi instinto protector; me acerqué para consolar a la dama, que cada vez estaba más sofocada.

Se echó sobre mi hombro a llorar, ahí estuvo un buen rato hasta que se fue tranquilizando. Me miró fijamente y era curioso, las lágrimas le hacían parecer bella, sus humedecidos ojos lanzaban destellos turquesa que antes no había apreciado.

En ese momento de ensoñación y sin verlo venir, juntó sus labios a los míos sumiéndonos en un prolongado beso. Al instante volví a la realidad, consciente de que no me estaba gustando y no paraba de pensar en cómo salir de esa situación que se me hacía eterna. Por fin se separó, me sonrió y me dio las gracias.

—Muchísimas gracias, Diego —me dijo con la voz entrecortada—. Sois el bálsamo que calma mis heridas.

Yo estaba parado, como un bloque de hielo, sin saber qué decir. Me salió un hilo de voz y respondí:

—No es nada, no podía veros tan triste —pretendía darle a entender, con la mayor cortesía posible, que solo quería calmar su pena, no deseaba que se hiciera ilusiones de algo más.

—Sois tan galante, lo único bueno de esta casa. Pero debéis olvidaros de esa malvada bruja, una víbora que lo envenena todo y debe pagar por ello. Nos hemos quedado sin padre por ella y estamos en un destierro forzoso porque ella así lo quiere. No solo no nos soporta, nos odia. Pero yo la odio más, más que a nada en este mundo.

—Calmaos, Isabel, no digáis eso. No creo que la duquesa os odie como decís.

No hacía caso, seguía y seguía...

—Esa tullida engréida y ambiciosa se cree que lo puede todo, pues ya no va a poder con nada.

Estaba empezando a perder el control y me daban ganas de abofetearla a ver si recuperaba la cordura.

—No me gusta que habléis así de la duquesa en mi presencia, soy su invitado, le debo agradecimiento y por mi honor no lo puedo consentir.

No hizo caso de mis palabras.

—Le deseo lo peor, que se pudra en el infierno. Vivo para ver cómo muere retorciéndose de dolor. Espero que sea hoy mismo. ¿Conocéis la belladona?

—¿Veneno?

—Sí, Diego, eso es.

—Doña Isabel, ¿qué habéis hecho? ¿Es verdad lo que decís?

—Que me muera en este instante si no es verdad.

Esa loca ¡qué había hecho!

Allí la dejé, di media vuelta y salí corriendo. Le oía decir:

—¡Escuchadme! ¿Dónde vais? ¡Venid aquí! Me habéis besado y ahora me llamáis doña Isabel.

No le hice ningún caso, marché rápido como el rayo, entré en el palacio, corriendo por los pasillos y atravesando las estancias

llegué al saloncito del este, ahí encontré a la duquesa con una taza en la mano a punto de rozar sus labios. De un manotazo se la tiré al suelo. Vi la ira en sus ojos.

—Estáis loco, muchacho, ¿a qué se debe tal insolencia? ¡Explicaos!

Postré una rodilla en el suelo y le dije:

—Señora mía, juzgadme como consideréis, no puedo contaros la razón de mis actos —no quise sembrar la discordia diciéndole lo que sabía—. Debéis creerme que lo he hecho por vuestro bien, pues os deseo lo mejor de este mundo.

Solo pronunció una palabra:

—¡Fuera!

Obedecí de inmediato y me retiré a mi estancia, donde empecé a recoger mis pertenencias para irme de allí.

Llamaron a la puerta, entró un lacayo y me pidió que por favor dejara los preparativos. La duquesa había ordenado que no se dispusiera carruaje para mi traslado. Lo dejé todo como se me había dicho y me encerré en la habitación lo que quedaba del día.

A la mañana siguiente, temprano, me avisaron que la duquesa quería verme. Me presenté ante ella.

—Buenos días nos dé Dios, querido Diego, y nunca mejor dicho. Me entendéis, ¿verdad?

—Sí, mi señora, la entiendo. Y os pido disculpas por la brusquedad con la que me presenté ayer ante vos.

—Disculpas aceptadas. ¿Descansasteis bien?

—No, señora duquesa. Morfeo no ha querido acompañarme esta noche —me sonrió.

—Me encanta la soltura vuestra y más teniendo en cuenta lo joven que sois, llegaréis lejos.

Me dijo que «las hijas de su esposo» habían salido temprano de regreso al norte y con tanta premura no habían tenido tiempo de despedirse. A medida que hablaba esbozaba una sonrisa que no deseaba reprimir.

—Dadas las circunstancias, no creo que vuelvan a esta casa. Aquí no las veréis. ¿Lo lamentáis? —dijo mirándome fijamente.

—Ni pizca, señora.

—Lo sabía. Podéis retiraros y seguid con vuestras actividades matutinas. ¡Ah, Diego! Gracias.

Sobraban las palabras, no hacía falta más. La sonrisa que me dedicó, como nunca le había visto, lo decía todo. Me agradecía de corazón que la hubiera protegido.

Sin embargo, pensando en los acontecimientos, no me cabía en la cabeza que alguien con tan pocas luces se atreviera a atentar contra la duquesa para llevársela de entre los vivos y que esta no exigiera represalias, conformándose con la única compensación de perder de vista a sus hijastras. Pero la realidad es que así quedó zanjado el asunto, y al no dárseme explicaciones mis sospechas quedaron en eso, en meras conjeturas. Justifiqué el comportamiento de doña Ana como prudente, llegando a creer que no querría acusar a doña Isabel por el simple hecho de no perjudicar a la Casa de Arcos dando que hablar.

Desde entonces admiré profundamente su valentía. El que no mostrara temor ante nada y ante nadie hizo crecer en mí el interés hacia ella. Veía a doña Ana como una fortaleza inquebrantable digna de respeto y me decía a mí mismo que si le servía con lealtad su grandeza también llegaría hasta a mí.

*

Me gustaba Marchena y disfruté estando allí. Después de coincidir con el duque y sus hijas, solo regresé en otra ocasión en que la duquesa me mandó llamar, debía comunicarme una importante decisión...

Aprovechó para colmarme de regalos que me daba apuro aceptar. Me entregó al precioso corcel negro, Tizón. Le dije que era demasiado y no podía aceptarlo. Además, de Marchena a Guadalajara había mucho trecho para llevármelo. Me contestó: «¡Qué bobadas! Ya no sois un niño, debéis endurecer las posaderas y cabalgar como un caballero». Tenía razón, debía empezar a comportarme

como el hombre que deseaba ser e ir asumiendo responsabilidades. Le agradecí sus favores, hospitalidad y atenciones. Ella lo aceptó con su serenidad habitual y se despidió de mí con un hasta pronto, dándome a entender que siempre formaríamos parte el uno del otro, pues así se había acordado.

Algo confundido, pero asentí, una atracción irrefrenable me llevaba hacia su persona debido a la admiración que sentía por ella, despreciando a todo aquel que se pronunciara como enemigo suyo, asumí de buen grado su protección y la entrega que se requería por mi parte.

Ella sabía leer en mí, entendía muy bien mis aspiraciones en la vida y me di cuenta de que era de agradecer que no fuera solo mi padre el que decidiera mi camino.

Me disponía a partir de Marchena, pero cuál fue mi sorpresa cuando llegó mi padre a buscarme. No regresaríamos a la villa, iríamos a Toledo en su carruaje y hablaríamos por el camino.

Recuerdo sus palabras al decirme: «El apoyo de la Casa de Arcos es un favor y un privilegio que no debemos desaprovechar». Las palabras de mi padre no me impresionaron después de haber hablado con la duquesa, pero me extrañó su actitud, aunque no cabía duda de que la decisión era la mejor para todos y no quise indagar ni poner objeciones, aceptando de buen grado.

Tenía otra noticia más que darme y esa sí que me llenó de alegría, haciendo que mi motivación aumentara por momentos: mi formación continuaría de manera diferente, una nueva etapa académica me esperaba, con la que maduraría tanto intelectual como personalmente. Mi padre y la duquesa de Arcos así lo habían decidido, y yo estaba encantado con la idea de un cambio, mi vida iba a dar un giro radical, a mejor.